

Charla-coloquio sobre universidad y vínculos sociales con profesorado del área de Educación de la Universidad de Barcelona, 3 de julio de 2026, Facultad de Educación.

Conferencia

La universidad como mediación de experiencias significativas: repensar la docencia desde la perspectiva de los vínculos sociales

Francisco Javier Malagón Terrón¹

Introducción

Muchas gracias por vuestra invitación y, muy especialmente, a la profesora Mariona Graell por hacer posible esta estancia de investigación en la Universidad de Barcelona.

Quisiera comenzar con una constatación que, probablemente, todas y todos compartimos. La educación superior atraviesa un periodo de profundas transformaciones. La falta de financiación, el aumento de la burocracia, la irrupción de la inteligencia artificial, la creciente diversidad del estudiantado, la redefinición de las profesiones, las incertidumbres del contexto geopolítico y económico o la presión por responder a nuevas demandas sociales están modificando no solo el funcionamiento de las universidades, sino también la manera en que pensamos su misión y su sentido.

Ante este escenario solemos preguntarnos cómo mejorar la docencia, cómo favorecer aprendizajes más profundos, cómo incorporar críticamente las nuevas tecnologías o cómo preparar mejor a nuestro alumnado para desenvolverse en un mundo cada vez más incierto. Todas ellas son preguntas necesarias. Sin embargo, me gustaría proponer que todas remiten a otra cuestión anterior, más fundamental: **¿qué entendemos realmente que sucede en la universidad?**

Durante los últimos años mi investigación se ha desarrollado alrededor de esa cuestión, aunque desde una perspectiva más amplia. Surgió tratando de comprender cómo los seres humanos construimos y gestionamos vínculos con otras personas, con las instituciones, con el conocimiento, con la naturaleza y, en general, con el mundo material y cultural que habitamos. Mi campamento-base, por así decirlo, ha sido y sigue siendo la teoría de la comunicación; y desde ahí intento dialogar con otras perspectivas y comprender los vínculos humanos como un fenómeno de naturaleza informacional.

Poco a poco fui comprobando que esta línea de reflexión tenía implicaciones para ámbitos muy diversos: las relaciones familiares, la salud mental, las organizaciones, las políticas públicas, la inteligencia artificial y, de una manera especialmente intensa, la educación y la universidad. Porque, si existen instituciones sociales dedicadas a producir experiencias capaces de transformar la manera en que las personas se comprenden a sí mismas y se relacionan con el mundo, una de esas instituciones es, precisamente, la universidad.

¹ Profesor Ayudante Doctor en la Universidad Complutense de Madrid (Dpto. Sociología: Metodología y Teoría, Facultad de CC. de la Información). Director del Grupo de Investigación consolidado “Identidades sociales y comunicación”. Consultor experto en planificación y comunicación de políticas públicas. fjmalago@ucm.es

La hipótesis que me gustaría compartir con vosotras y vosotros podría resumirse en una idea relativamente sencilla:

La universidad no solo transmite conocimientos o contribuye al desarrollo de competencias. La universidad media experiencias significativas capaces de configurar vínculos de la persona consigo misma, con el conocimiento, con otras personas, con las profesiones, con las instituciones y con los grupos sociales, la sociedad y la naturaleza en general.

Mi propuesta pretende situarse en ese horizonte, incorporando una pregunta complementaria: **¿cómo llegan esas experiencias a configurar vínculos duraderos y qué papel desempeñan esos vínculos en la formación universitaria?**

Si esta hipótesis resulta fecunda, los vínculos educativos dejarían de ser un aspecto secundario de la experiencia universitaria para convertirse en una categoría analítica capaz de integrar fenómenos que habitualmente estudiamos por separado: el aprendizaje, el compromiso estudiantil, el sentido de pertenencia, la identidad profesional, el bienestar o la relación con el conocimiento.

No pretendo ofrecer respuestas definitivas. Mi propósito es compartir un marco teórico todavía en construcción y, sobre todo, abrir una conversación que me permita contrastarlo con vosotras y vosotros, discutir sus límites y enriquecerlo a partir del diálogo.

1. Un problema que compartimos

Antes de preguntarnos qué deberíamos hacer, quizá convenga preguntarnos qué estamos intentando comprender.

Si concebimos la universidad, sobre todo, como una institución dedicada a transmitir conocimientos, concentraremos nuestros esfuerzos en mejorar esa transmisión.

Si la entendemos principalmente como un espacio de adquisición de competencias, organizaremos la docencia en torno al desarrollo competencial.

Si ponemos el énfasis en la empleabilidad, tenderemos a valorar la universidad por su capacidad para responder a las demandas del mercado laboral.

Todas estas perspectivas iluminan aspectos importantes de la educación superior contemporánea. No creo que deban abandonarse.

Pero sí pienso que dejan parcialmente fuera cuestionamientos que me parecen decisivos:

¿Por qué determinadas experiencias universitarias transforman la trayectoria vital de las personas mientras otras apenas dejan huella?

¿Por qué algunos estudiantes desarrollan una relación profunda con una disciplina, con una profesión o con la propia universidad, mientras otros viven experiencias académicas muy similares sin que lleguen a adquirir un significado comparable?

Sabemos bastante acerca de cómo organizar la enseñanza y evaluar los aprendizajes. Sabemos mucho menos acerca de cómo llegan a configurarse los vínculos que hacen que determinadas experiencias educativas resulten verdaderamente significativas y perduren en el tiempo.

Esas preguntas me han conducido al estudio de los vínculos en el ámbito educativo universitario.

Porque sospecho que una parte importante de lo que ocurre en la universidad no depende solo de los conocimientos que circulan en ella, sino del modo en que esos conocimientos, esas experiencias y esas relaciones llegan a integrarse en la biografía de quienes las viven, modificando su manera de comprenderse a sí mismos, de comprender a los demás y de situarse en el mundo.

Desde esta perspectiva, la categoría “vínculo” no pretende sustituir a otras categorías consolidadas de la investigación educativa. Aspira, más bien, a ofrecer un marco interpretativo que permita comprender de manera integrada fenómenos que, como antes he dicho, a menudo analizamos por separado: el aprendizaje, el compromiso y la participación estudiantil, el sentido de pertenencia, la identidad profesional o el bienestar universitario.

2. La universidad como institución mediadora

Si aceptamos que las respuestas dependen del modo en que comprendemos la universidad, conviene preguntarnos ahora por la naturaleza de la propia institución.

Habitualmente la definimos a partir de las funciones que desempeña. Decimos que la universidad enseña, investiga y transfiere conocimiento, prestando así un servicio a la sociedad. Todas estas afirmaciones son correctas. Sin embargo, describen lo que la universidad hace, pero explican solo parcialmente cómo llega a influir en la vida de las personas.

Me gustaría proponer otra forma de aproximarnos a ella.

Entender la universidad como una **institución mediadora**.

No porque se limite a poner en contacto estudiantes y profesorado, conocimiento y profesiones o investigación y sociedad. Esa es solo una parte de su actividad.

La universidad media porque organiza las condiciones bajo las cuales esos encuentros adquieren significado y proporcionan sentido a la vida de las personas, a su relación con el mundo.

La universidad selecciona qué conocimientos considera legítimos.

Define qué competencias merecen ser acreditadas.

Establece formas reconocidas de producir conocimiento.

Configura imágenes sobre las profesiones, sobre el éxito académico, sobre el prestigio científico o sobre la responsabilidad social del conocimiento.

En definitiva, introduce un determinado orden simbólico en las relaciones que se desarrollan en su interior.

Esta idea se inspira, en parte, en la teoría de las mediaciones sociales de Manuel Martín Serrano. Las instituciones no solo conectan elementos previamente existentes. También

organizan las formas en que esos elementos pueden relacionarse, delimitan horizontes de sentido y hacen posibles determinadas formas de acción colectiva.

Desde otra tradición, Pierre Bourdieu mostró cómo la universidad participa en la distribución de diferentes formas de capital: la formación como capital cultural, los signos de identidad y estatus como capital simbólico, las redes de afinidad y de apoyo como capital social y la empleabilidad como capital económico.

Sobre esta base se puede decir también que la universidad distribuye formas de interpretar el mundo y de situarse en él. Esta función distributiva debe pensarse críticamente teniendo en cuenta las características estructurales del sistema universitario, pues estas formas de capital se distribuyen de manera muy desigual según que hablemos de universidades públicas o privadas, presenciales o a distancia, según los territorios, según género y edad y según las áreas de conocimiento y profesiones.

En cierto modo, esta perspectiva dialoga también con Basil Bernstein. Si Bernstein puso el acento en la manera en que las instituciones educativas organizan la transmisión de significados mediante determinados códigos pedagógicos, la perspectiva vincular en la que trabajo pone la atención en una cuestión complementaria: **cómo esos procesos de producción y organización del significado terminan configurando vínculos, siempre de manera situada en contextos concretos.**

Éste constituye, a mi juicio, el punto de encuentro entre los campos teóricos teoría de las mediaciones, de la comunicación y del vínculo.

Mi hipótesis es que toda institución que hace posible encuentros y organiza significados organiza también posibilidades de vinculación.

Allí donde una institución define qué merece ser aprendido, reconocido o valorado, está configurando simultáneamente las condiciones bajo las cuales las personas podrán establecer determinados vínculos con el conocimiento, con una disciplina, con una profesión, con una comunidad académica o con la propia institución.

Desde esta perspectiva, la universidad no constituye únicamente un espacio donde circula información ni un dispositivo orientado a la adquisición de competencias.

Es un contexto institucional especializado en producir experiencias que pueden modificar la manera en que las personas comprenden quiénes son, cómo interpretan el conocimiento, cuál consideran que es su lugar en el mundo y como deben actuar en él.

En este punto la propuesta converge con una larga tradición de la teoría de la educación. John Dewey entendió la educación como reconstrucción de la experiencia; Jorge Larrosa ha insistido en la experiencia como acontecimiento que transforma al sujeto; Gert Biesta ha recordado que la universidad no solo cualifica, sino que también socializa y contribuye a la subjetivación.

La perspectiva vincular pretende añadir una nueva dimensión a este debate.

No pregunta únicamente cómo educa la universidad.

Pregunta también **cómo las experiencias universitarias llegan a configurar vínculos suficientemente significativos como para transformar de forma duradera la relación de las personas con el conocimiento, con los demás, consigo mismas y con el mundo.**

3. De las relaciones a los vínculos

Llegados a este punto aparece la pregunta que ha orientado mi investigación durante los últimos años.

¿Qué es exactamente un vínculo?

Puede parecer una cuestión sencilla. La palabra vínculo se nos revela con claridad cuando la utilizamos de manera intuitiva y situada, por ejemplo, cuando hablamos de vínculos familiares, de amistad, laborales, comunitarios, etc. Sin embargo, cuanto más intentamos definirla con criterio científico, más esquiva se vuelve. Parece una de esas palabras que funcionan mejor cuando se asume su apertura, diría incluso que son más funcionales humanamente cuando se respeta el *misterio* que contienen, no en un sentido metafísico, sino atendiendo a su indeterminación en tanto que sistema de alta complejidad. Esta es una tensión con la que me he encontrado tempranamente, cuando he querido ir más allá en la comprensión del vínculo desde una perspectiva científica y racional.

Pensemos en una situación por todas y todos conocida. Dos estudiantes cursan la misma titulación, asisten a las mismas clases, leen los mismos textos y obtienen resultados académicos semejantes. Sin embargo, unos años después, uno de ellos mantiene una profunda vinculación con su disciplina, con la investigación o con la universidad, mientras que el otro apenas conserva un recuerdo distante de aquella etapa.

¿Qué explica esa diferencia?

La psicología ha estudiado ampliamente el apego, la identidad y los procesos de desarrollo personal. La sociología ha analizado las relaciones sociales, la integración y el sentido de pertenencia. La pedagogía ha reflexionado sobre la relación educativa y el potencial transformador de la experiencia. La teoría de la comunicación, por su parte, ha mostrado que toda vida social se sostiene sobre procesos de producción y circulación de significados.

La perspectiva vincular intenta dialogar con estas tradiciones, proponiendo una pregunta complementaria: **¿cómo llegan determinadas relaciones y experiencias a adquirir un significado suficientemente estable como para orientar la manera en que una persona comprende el mundo, actúa en él y proyecta su futuro?**

Responder a esta cuestión exige, de partida, distinguir entre tres conceptos que con frecuencia utilizamos como si fueran equivalentes: relación, interacción y vínculo.

Entiendo por **relación** cualquier conexión entre dos o más entidades, materiales o ideales. En el caso humano, esa relación puede ser solo cognitiva y existir sin contacto directo ni proximidad física, como ocurre cuando asociamos mentalmente personas, acontecimientos o ideas.

Hay relaciones que no requieren interacción, como el joven enamorado de una chica en la que él piensa aunque ella ni siquiera haya reparado en él; otras relaciones en cambio sí conllevan interacciones de algún tipo.

La **interacción** designa los procesos mediante los cuales las entidades que se relacionan intercambian energía, materia o información. Las interacciones hacen visibles muchas

relaciones, pero no las agotan. El joven enamorado puede interactuar con su vecina enviándole cartas de amor anónimas o simplemente mirándola furtivamente desde su ventana.

El **vínculo**, en cambio, remite a otro nivel de análisis.

No describe simplemente que exista una relación ni que se produzcan determinadas interacciones. Describe la forma en que los sujetos organizan el significado de las relaciones y cómo ese significado orienta, con relativa estabilidad, su percepción, sus emociones, sus expectativas y sus prácticas.

Desde esta perspectiva, propongo entender el vínculo en términos energéticos e informacionales, como una **fuerza** que brota de **configuraciones relativamente estables de representaciones y significados**, configuraciones a través de las cuales una persona organiza su relación consigo misma, con otras personas, con instituciones, con comunidades, con objetos materiales, con ideas o con cualquier otra realidad capaz de adquirir sentido para ella.

Esta definición tiene varias consecuencias.

En primer lugar, el vínculo no puede reducirse a una información, aunque dependa de informaciones diversas y de distintas fuentes.

Tampoco se limita a ser una emoción, aunque movilice emociones más o menos intensas.

Y tampoco equivale a una conducta observable, aunque se manifieste a través de múltiples comportamientos.

El vínculo constituye, ante todo, una forma de organización del significado o sentido que atribuimos a nuestras relaciones. Es un fenómeno de bases tanto biológicas como culturales que, en términos evolutivos, cumple una función adaptativa, aunque esa función pueda ser, en ocasiones, fallida porque no todos los vínculos salvan, pues hay vínculos que destruyen.

Surge entonces una nueva pregunta.

¿Cómo se organiza ese significado?

Para responder a esta cuestión he ido desarrollando el concepto de **infoma**.

Conforme abundaba en la perspectiva informacional del vínculo me daba cuenta de que me faltaba alguna herramienta con la que articular la enorme variedad de representaciones y vínculos que gestionan nuestros cerebros.

De ahí que denomine infoma a la estructura informacional compleja mediante la cual los sujetos configuran el significado de sus relaciones. El infoma es un sistema que transforma las relaciones en vínculos. Distintos infomas sostienen diferentes vínculos.

Como estructura informacional compleja el infoma incorpora información procedente de la observación, de la experiencia directa, de la reflexión y de la comunicación. Desde la teoría de la comunicación en la que me apoyo, es imprescindible distinguir correctamente entre las nociones de información y comunicación. La comunicación es una de las formas a través de las cuales adquirimos y transmitimos información, pero no es la única ni es siempre la que utilizamos. En cambio, la función de informarse es como respirar, si

dejamos de informarnos nuestros cuerpos colapsan rápidamente. Evolutivamente es una función anterior a la existencia de animales comunicantes.

Esa información está compuesta, a su vez, por representaciones valoradas de un amplio universo referencial: contexto, situación concreta, memoria, conocimientos, expectativas, roles, valores, normas, sanciones, afectos, autoconcepto, imagen de los demás, pautas ritualizadas de acción.

Lo decisivo no son esos elementos considerados de manera aislada, sino la forma en que llegan a organizarse. Los seres humanos no otorgamos sentido mediante representaciones dispersas, sino construyendo relatos o narraciones que las articulan entre sí. En este punto la propuesta dialoga con Jerome Bruner, quien mostró que la narración constituye uno de los principales mecanismos de organización de la experiencia. La perspectiva vincular añade que esas narraciones no solo organizan la experiencia: configuran también los vínculos desde los cuales interpretamos y habitamos el mundo.

Cuando cambia esa configuración narrativa del significado cambian también los vínculos y la experiencia que los sujetos tienen de ellos. Esto es algo que conocen muy bien las y los profesionales de la psicoterapia.

Cambian nuestros vínculos con otras personas, seres vivos y cosas, con el conocimiento, con una profesión, con una institución, con una comunidad e, incluso, con tecnologías como la inteligencia artificial.

Desde esta perspectiva, los vínculos constituyen una propiedad básica de la existencia humana. Igual que no se puede existir sin procesar información es imposible vivir sin vínculos.

Nuestras biografías y las personas que somos pueden entenderse como resultado de una compleja trama de vínculos que se forman, se estabilizan y se transforman a lo largo del tiempo, aunque rara vez desaparecen completamente.

Quizá por eso todas las sociedades crean instituciones para organizar los vínculos de sus miembros. Porque necesitan producir, estabilizar y orientar determinadas configuraciones de significado que hagan posibles formas relativamente estables de vinculación entre las personas, con el conocimiento, con la naturaleza y con los productos materiales y simbólicos de la cultura.

Si esta hipótesis resulta pertinente, la pregunta deja de ser solo cómo se producen los aprendizajes o cómo se desarrollan las relaciones educativas. La cuestión pasa a ser **cómo llegan a configurarse los vínculos que hacen posible que esos aprendizajes y esas relaciones adquieran continuidad, profundidad y significado para quienes los viven.**

4. Pensar la universidad desde los vínculos

Si aceptamos esta manera de comprender los vínculos, cambia también nuestra forma de comprender la universidad.

Hasta ahora la he definido como una institución mediadora. Me gustaría dar ahora un paso más y proponer una idea que resume el sentido de esta reflexión.

La universidad puede entenderse como una **mediación multivincular**.

Cuando una persona accede a la universidad no solo comienza a adquirir conocimientos ni inicia únicamente una trayectoria profesional. Empieza, al mismo tiempo, a construir una compleja red de vínculos que irá reconfigurando su relación consigo misma, con el conocimiento, con otras personas, con una profesión, con una institución, con la sociedad, con los productos de la cultura e, incluso, con los ecosistemas y la naturaleza.

Estos vínculos no se desarrollan de forma independiente, ni están cerrados a su articulación con otros vínculos sociales extrauniversitarios (la familia, los amigos, el club deportivo, la asociación, la parroquia, etc.). Como espacio de socialización, la universidad ofrece su propio **ecosistema de vínculos**. Estos, junto a otros muchos vínculos que se generan en otros espacios de la vida humana, forman **constelaciones vinculares** donde los distintos vínculos se afectan y condicionan mutuamente.

Debo admitir que esta expresión surge de una experiencia de asombro similar a la que puede tener un astrofísico al contemplar la bastedad del universo observable y el vértigo que produce saber que, más allá, hay todavía mucho más que aún no conocemos. Ese vértigo es el que siento al asomarme al fenómeno de los vínculos humanos.

El primer vínculo que comienza a transformarse en la universidad suele ser el que la persona mantiene consigo misma. La universidad no solo modifica lo que un estudiante sabe; modifica también la imagen que construye de sus propias capacidades, de sus posibilidades de futuro y del lugar que aspira a ocupar en la sociedad.

Simultáneamente se configura un vínculo con el conocimiento. No aprendemos únicamente contenidos. Aprendemos también a relacionarnos con el saber. Podemos experimentar curiosidad o indiferencia, confianza o inseguridad, apertura intelectual o resistencia al cambio. Esa forma de vincularnos con el conocimiento suele acompañarnos mucho más allá de la obtención de un título.

A ello se añade el vínculo con quienes hacen posible la experiencia universitaria: profesorado, compañeros, personal técnico, grupos de investigación y comunidades académicas. Numerosos estudios sobre educación superior han mostrado la importancia del sentido de pertenencia para la permanencia del alumnado. Los trabajos de Vincent Tinto constituyen una referencia imprescindible en este campo. Desde la perspectiva vincular, ese sentimiento de pertenencia representa una manifestación relevante, pero forma parte de configuraciones más amplias que incluyen también la relación con el conocimiento, con la institución y con el proyecto profesional.

La universidad contribuye igualmente a configurar el vínculo con una profesión. No solo transmite conocimientos especializados; también modela formas de comprender qué significa ser médico, maestra, periodista, ingeniera o sociólogo. En este sentido, educa tanto para el ejercicio de una actividad profesional como para la incorporación a una determinada comunidad de práctica, en el sentido planteado por Etienne Wenger.

Finalmente, todos estos vínculos se proyectan hacia la sociedad. La universidad influye en la manera en que sus miembros comprenden los problemas colectivos, interpretan su responsabilidad pública y conciben la relación entre conocimiento, democracia, justicia social o sostenibilidad. La experiencia universitaria no termina en el campus; continúa configurando la manera en que las personas participan en la vida social.

Lo verdaderamente relevante es que ninguno de estos vínculos puede comprenderse de forma aislada.

Un vínculo sólido con el conocimiento puede fortalecer el compromiso con una profesión.

Una experiencia de reconocimiento por parte del profesorado puede transformar la relación con la propia universidad.

Una experiencia de exclusión puede debilitar simultáneamente el sentido de pertenencia, el aprendizaje y la identidad profesional.

Desde esta perspectiva, la universidad deja de ser únicamente un espacio donde circula conocimiento.

Puede entenderse como una institución especializada en generar las condiciones sociales, culturales y comunicativas que hacen posible determinadas configuraciones vinculares.

Esta interpretación adquiere una relevancia especial en el contexto contemporáneo.

La inteligencia artificial está modificando profundamente los modos de acceder, producir y distribuir conocimiento. Sin embargo, precisamente por ello cobran mayor importancia otras cuestiones:

¿Cómo se configurarán los vínculos con ese conocimiento?

¿Cómo ese conocimiento contribuirá a configurar los vínculos de la persona con la sociedad y con la naturaleza?

¿Qué papel desempeñará la universidad en la construcción de esas configuraciones?

Una sociedad puede disponer de cantidades crecientes de información y, al mismo tiempo, desarrollar vínculos cada vez más frágiles con la investigación, con el pensamiento crítico, con el bien común, con la sostenibilidad de la vida y de los ecosistemas o con la búsqueda compartida de la verdad.

Quizá la especificidad futura de la universidad no dependa únicamente de su capacidad para producir conocimiento, transmitirlo o legitimarlo. Dependerá también de su capacidad para generar formas socialmente valiosas de vinculación con ese conocimiento y con los problemas del mundo al que ese conocimiento pretende servir.

5. El profesorado como mediador de experiencias significativas

Si aceptamos esta manera de comprender la universidad, cambia también nuestra forma de entender la docencia.

Habitualmente describimos al profesorado como transmisor de conocimientos, facilitador del aprendizaje, diseñador de experiencias formativas o acompañante del alumnado. Todas estas expresiones captan dimensiones importantes de la actividad docente. Sin embargo, la perspectiva vincular invita a situarlas dentro de un marco más amplio.

El profesorado no media únicamente aprendizajes.

Media también formas de relación con el conocimiento.

Paulo Freire insistió en que enseñar nunca consiste únicamente en transmitir contenidos, sino en participar en un proceso de transformación recíproca. Max van Manen puso de relieve el carácter profundamente ético de la relación pedagógica. Nel Noddings mostró que el reconocimiento y el cuidado constituyen dimensiones esenciales de toda experiencia educativa.

La perspectiva vincular comparte estas preocupaciones, pero desplaza la atención hacia una cuestión complementaria: **¿cómo llegan esas experiencias a configurar vínculos suficientemente estables como para transformar la manera en que las personas se relacionan con el conocimiento, con los demás y consigo mismas?**

Quizá por eso todos conservamos el recuerdo de algunos profesores o profesoras muchos años después de haber olvidado buena parte de los contenidos que explicaban.

Lo que permanece no es únicamente lo que aprendimos.

Permanece la forma en que esas personas modificaron nuestra relación con una disciplina, despertaron nuestra curiosidad, ampliaron nuestro horizonte intelectual o nos ayudaron a descubrir posibilidades que hasta entonces no habíamos imaginado.

Desde esta perspectiva, el vínculo educativo no constituye una dimensión añadida de la docencia. Forma parte de su propia naturaleza.

Cuando una experiencia educativa llega a adquirir significado para quien la vive, comienza a transformar simultáneamente varias dimensiones de su experiencia.

Transforma la relación con el conocimiento, favoreciendo la curiosidad, el pensamiento crítico y el deseo de seguir aprendiendo.

Transforma la relación con los demás, haciendo posible la confianza, el reconocimiento mutuo y la pertenencia a una comunidad académica.

Transforma la relación con uno mismo, reforzando la percepción de competencia, la identidad profesional y la capacidad de proyectar un futuro.

Y transforma también la relación con la sociedad, al situar el conocimiento dentro de un horizonte de responsabilidad pública.

Estas dimensiones no constituyen procesos independientes.

Son distintas expresiones de una misma configuración vincular.

Precisamente por ello, los vínculos educativos no pueden entenderse como el resultado exclusivo de la actuación individual del profesorado.

Dependen también de las condiciones de vida del alumnado, de la cultura institucional, de las formas de organización de la enseñanza, de las condiciones de trabajo académico, de las políticas universitarias y de las oportunidades reales que la institución ofrece para construir experiencias significativas.

La calidad de los vínculos educativos constituye, por tanto, una propiedad emergente de todo un ecosistema universitario.

Esta afirmación adquiere una relevancia especial en un momento en que la inteligencia artificial comienza a transformar profundamente la actividad docente.

Es probable que muchas tareas relacionadas con la transmisión de información, la personalización del aprendizaje o la evaluación puedan ser desarrolladas, al menos parcialmente, por sistemas inteligentes.

Sin embargo, sigue abierta una cuestión clave: ¿Podrán esas tecnologías sustituir las experiencias mediante las cuales las personas construyen vínculos duraderos con el conocimiento, con una profesión, con una comunidad académica, con la sociedad o con la naturaleza?

No tengo una respuesta definitiva, aunque debo confesar que me inquieta que la inteligencia artificial pueda generar vínculos fuertes con los seres humanos, a costa de debilitar los vínculos entre los seres humanos y entre los seres humanos y la naturaleza.

Pero sospecho que precisamente ahí reside una parte importante de la aportación específica que la universidad, como mediación multivincular, puede seguir ofreciendo a las generaciones futuras.

Permítanme terminar volviendo a la pregunta con la que comenzaba esta intervención.

¿Qué entendemos realmente que sucede en la universidad?

La hipótesis que hoy he querido compartir propone entender la universidad como una institución que media experiencias capaces de configurar vínculos relativamente estables a distintos niveles.

Si esta perspectiva resulta útil, el vínculo se convierte en una categoría analítica desde la que podemos reinterpretar cuestiones que ocupan hoy un lugar central en la investigación sobre educación superior: el aprendizaje, el compromiso estudiantil, el sentido de pertenencia, la identidad profesional, el bienestar, la responsabilidad social del conocimiento o el impacto de la inteligencia artificial.

Con frecuencia pensamos que el principal desafío de la universidad consiste en adaptarse a un mundo que cambia cada vez más deprisa. Probablemente sea cierto. Pero quizá exista otro desafío igualmente importante:

Contribuir a que las personas construyan vínculos suficientemente estables, funcionales, éticos, democráticos y saludables que orienten su acción en medio de la incertidumbre.

De acuerdo con Martha Nussbaum, la universidad no puede reducirse a producir capital humano; contribuye a formar ciudadanos capaces de relacionarse críticamente con el conocimiento y con la sociedad.

Porque las tecnologías seguirán transformando la forma en que accedemos a la información y producimos conocimiento.

Lo que todavía permanece abierto es una cuestión mucho más profunda:

qué formas de relación con ese conocimiento queremos cultivar y qué tipos de sociedad pueden hacer posibles.

Tal vez esa siga siendo una de las contribuciones más valiosas que la universidad puede ofrecer.

Precisamente por todo ello, creo que pensar la educación superior desde la perspectiva de los vínculos constituye una tarea que merece la pena seguir explorando colectivamente.

Muchas gracias.

Bibliografía orientativa

Las referencias que se incluyen a continuación no constituyen una revisión exhaustiva de la literatura sobre educación superior. Corresponden a algunas de las obras que han servido para la elaboración de la perspectiva vincular presentada en esta conferencia

Barnett, R. (2002). *Claves para entender la universidad en una era de supercomplejidad*. Pomares.

Bernstein, B. (1998). *Pedagogía, control simbólico e identidad. Teoría, investigación y crítica*. Morata.

Biesta, G. (2022). *Redescubrir la enseñanza*. Morata.

Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Siglo XXI.

Bruner, J. (1997). *La educación, puerta de la cultura*. Visor.

Dewey, J. (2010). *Experiencia y educación*. Biblioteca Nueva.

Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI.

Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura: Estudios sobre literatura y formación*. Fondo de Cultura Económica.

Martín Serrano, M. (2008). *La mediación social*. Akal.

Noddings, N. (2009). *La educación moral: Propuesta alternativa para la educación del carácter*. Amorrotu.

Nussbaum, M. C. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz.

Rosa, H. (2019). *Resonancia. Una sociología de la relación con el mundo*. Katz.

Tinto, V. (2012). *Completing College: Rethinking Institutional Action*. University of Chicago Press.

Van Manen, M. (1998). *El tacto en la enseñanza. El significado de la sensibilidad pedagógica*. Paidós.

Wenger, E. (2001). *Comunidades de práctica. Aprendizaje, significado e identidad*. Paidós.